

Crítica
Bibliographica

Revista Crítica de Reseñas de Libros Científicos y Académicos

COORDINACIÓN
Olga Gugliotta

EDICIÓN
www.academiaeditorial.com

ISSN
1885-6926



LIBRO RESEÑADO

Genara PULIDO TIRADO
Constelaciones de teorías.

El giro culturalista en los estudios literarios latinoamericanos,
Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2009, 207 pp.
ISBN 978-84-96915-63-3

AUTORÍA DE LA RESEÑA

Ramón Manuel MARTÍNEZ PÉREZ
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

FECHA

21 mayo 2010

Crítica

Bibliographica

Revista Crítica
de Reseñas
de Libros
Científicos y Académicos

et



Sin duda hablar de literatura o de estudios literarios en Latinoamérica es hablar de un profundo y continuado vínculo entre proyectos civilizadores de distinto signo y sus respectivos discursos legitimadores o detractores (en este caso discursos de carácter estético), donde la labor de los escritores y pensadores ha ido de la mano de una vocación didáctica o política; en este sentido, los estudios literarios en esta parte del mundo han sido “culturales” desde el principio. No obstante, el advenimiento de una de tantas modas de la academia anglosajona durante el siglo XX: los *cultural studies*, incorporados no siempre críticamente por las academias latinoamericanas, produjeron una verdadera y entusiasta explosión de convicciones teóricas en nuestros países que ahora resulta necesario comprender, precisar su cosmos, encontrar las regularidades y figuras que su variopinto curso nos ofrece, aun cuando por lo pronto obtengamos sólo un mapa de constelaciones y no una astronomía completa. A ese propósito se avoca esta obra de Genara Pulido, profesora de la Universidad de Jaén,

cuya fértil y documentada obra suma ya casi veinte títulos, en los que ha explorado sistemáticamente problemas teóricos relacionados de distintos modos al que aquí se trata, ocupándose con particular atención de los “estudios culturales” en Latinoamérica.

Una pregunta fundamental respecto a los estudios literarios latinoamericanos se impone como principio: ¿son latinoamericanos por tema o por origen? Pulido intenta responderla recuperando una serie de entrevistas publicadas en la revista *Texto crítico*, concluyendo que la literatura latinoamericana sólo se entenderá a partir de la historia latinoamericana, lo que sin duda subordina los estudios literarios, y significa que antes de atender la construcción de la propia teoría debería hacerse una historia de la misma, es decir, más que crítica es preciso una metacrítica, lo que por supuesto tiene mucho sentido, aunque estaríamos frente a una metacrítica que seguiría teniendo dificultades para responder al planteamiento de base: que haya efectivamente una literatura latinoamericana. Es verdad que la historia de la literatura puede aportar los presuntos elementos latinoamericanos a partir de la historicidad concreta de las obras, aunque podría ser que sea más bien la propia discusión, como proceso, antes que sus productos, la que haya venido construyendo la identidad latinoamericana de esta literatura.

En este contexto reflexivo encontramos el mejor perfil de los estudios culturales latinoamericanos, que han logrado, según Hernán Vidal, que la crítica literaria comience a reconocerse como crítica de la cultura. Genara Pulido apunta muy bien la poca novedad de esta apreciación, pues ello no significa otra cosa que una vuelta a las convicciones de Alfonso Reyes o de Henríquez Ureña, que intentaban justamente entender (y salvar) América por la cultura. Pero, aquí vendría otra pregunta básica: ¿hay diferencia entre los estudios culturales y los estudios de la cultura? Al parecer sí, pues mientras los estudios de la cultura son un ámbito del conocimiento, los estudios culturales representarían la confluencia de ámbitos y métodos o, de acuerdo con la definición de Alicia Ríos, que recoge Pulido

los Estudios Culturales Latinoamericanos podrían definirse, muy *grosso modo*, como un campo de estudios configurado dentro de la tradición crítica latinoamericana (el ensayo de ideas — lo que Julio Ramos ha llamado el «ensayo humanista o secular»—, la teoría de la dependencia y la teología de la liberación), que se mantiene en diálogo constante, muchas veces conflictivo, con las escuelas de pensamiento europeas y norteamericanas (los «Cultural Studies», en sus dos vertientes —inglesa y norteamericana—, el estructuralismo francés, las filosofías posestruc-

turalistas y posmodernas, la sociología de la cultura, la Escuela de Frankfurt, la semiótica, el feminismo y el marxismo) (Ríos, 2002: 1).

Como se ve, tal vez tampoco podamos definir los estudios culturales como confluencia de ámbitos y métodos, sino más bien como un auténtico cajón de sastre; de hecho Pulido concuerda en este sentido con Hernán Vidal en su definición de los estudios culturales como meras “agendas convergentes” (130), aunque una definición de Néstor García Canclini, traída también por Pulido, podría salvar la situación: “«El que realiza estudios culturales habla de las intersecciones»” (109).

En cualquier caso, aceptando esta indefinición de origen, Genara Pulido pasa revista a los estudios literarios latinoamericanos a la luz de los estudios culturales, hasta llegar a lo que llama “Nuevas cartografías de América Latina”, proponiendo para su comprensión una clasificación tomada de Román de la Campa: que las tendencias actuales de los estudios literarios latinoamericanos, afectados por los estudios culturales, pasan por una reformulación de la periodización colonial (Rolena Adorno y Jean Franco), la incorporación de la oralidad latinoamericana como fenómeno de *massmedia* (M. Lienhard), una reflexión sobre los dispositivos epistemológicos de la cultura latinoamericana (Cornejo Polar) y otra sobre la relación entre postmodernidad y globalización (Néstor García Canclini).

Con ello configura una visión de conjunto que sin duda resulta útil e incluso necesaria, aunque debe decirse que no siempre es bien lograda, que en varias ocasiones la autora parece litigar más que teorizar y que, finalmente, algunas de sus apreciaciones resultan un poco apresuradas, como cuando supone que antes de los años 70 en América Latina “una situación económica y cultural muy mala que hace difícil, cuando no imposible, la investigación y el trabajo académico rigurosos” (11), ignorando lamentablemente la consistente labor académica y literaria en no pocos sitios de América Latina por esos mismos años, como la del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, fundado en 1947, por mencionar alguno.

Deben señalarse también algunos pequeños descuidos o imprecisiones en el tratamiento de personas y lugares importantes del ámbito latinoamericano; por ejemplo, la escritora y académica mexicana Margo Glantz es rebautizada como “Marco Glanz”, el académico argentino Noé Jitrik es ahora “Joé Jitrik”, Rolena Adorno es “Roleana Adorno” y Guamán Poma es “Guzmán Poma”; del mismo modo la bien conocida Editorial Ayacucho es aquí “Editorial Ayacuyo —cuyo

nombre procede, como es sabido, del lugar donde en 1824 se luchó por la independencia frente a España”—, o que Octavio Paz se cuenta entre aquellos que “internacionalizan la nueva novela”, junto a otros autores que efectivamente escribieron novelas.

Con todo, no es en la corrección de su estilo donde encontramos el mayor valor de este libro, sino en el hecho de que cumple muy bien la valiosa función de desmentir el aparente vacío en la reflexión teórico-literaria en Latinoamérica, y lo hace a un costo elevado, pues sin duda no resulta fácil dar cuerpo a una producción tan heterogénea y hasta cierto punto dispersa. Es particularmente interesante el tratamiento del problema del canon en América Latina, sus cuestionamientos y el lugar que necesariamente ocupa en los estudios literarios latinoamericanos, pues reconfigura la cuestión de los géneros como asunto de imposición (es decir, normativo) y porque señala la relación de dependencia-independencia con la(s) metrópoli(s) culturale(s). En el mismo sentido, frente a la falsa consideración de que los estudios literarios latinoamericanos son en sí mismos elitistas, y que por ello es necesario acoger la moda anglosajona de los estudios culturales, certeramente apunta que también en Europa

a la luz de las corrientes de crítica de la cultura que han convivido en perfecta armonía con estudios literarios de distinto signo, entendemos que no se haya sentido la necesidad de crear o practicar unos estudios culturales al estilo norteamericano porque para nosotros estudiar la cultura popular y la cultura de masas no es incompatible con el estudio de la literatura (123)

Finalmente, Genara Pulido resume el lugar de los estudios culturales en América Latina con la ilustración de tres posiciones fundamentales; algunas de las cuales resultan, dicho sea de paso, de índole más política que teórica: que los estudios culturales consideran la literatura obsoleta y desmantelada y, por tanto, habría perdido su autonomía estética y disciplinaria; por el contrario, la filiación geopolítica y cultural (británica o norteamericana) de los estudios culturales es rechazada por no pocos críticos literarios latinoamericanos por representar un neocolonialismo cultural inaceptable; y, finalmente, que los estudios culturales responderían a cuestiones burocráticas de política universitaria, más que a postulados teóricos claros y coherentes, e incluso señala “el inestimable servicio que están haciendo los estudios culturales norteamericanos a la derecha [...] a la par que se institucionalizan y, en la universidad, ponen de manifiesto su enorme rentabilidad ideológica y académica” (122).

Aunque se echa en falta un capítulo conclusivo, Pulido incluye una ponderada valoración de la cuestión que, efectivamente, podría convertirse con un poco de *amplificatio* en el ausente epílogo:

En suma, la potenciación de los estudios sobre la cultura, que tenían una larga tradición en Latinoamérica, contribuye a aumentar la crisis que se venía detectando en los estudios literarios desde mediados del siglo XX, crisis producida por factores de tipo social, político, económico e histórico, pero también literario: la necesidad de crear instrumentos operativos y propios con los que poder dar cuenta de una producción literaria propia que, a partir del *boom*, adquiere una marcada resonancia internacional. La aparición de los estudios culturales latinoamericanos produce un desplazamiento de intelectuales que, procedentes en muchos casos del ámbito crítico y teórico literario, ven en esta moda emergente más posibilidades de desarrollo profesional. Pero los estudios literarios no desaparecen, sino que, por el contrario, se sumergen en un profundo y largo proceso de revisión crítica que tiene por objeto adaptarse a una nueva realidad (132).

Las reflexiones finales, trayendo a colación la defensa de Fernández Retamar sobre el “calibanismo” teórico latinoamericano, son altamente recomendables, al punto en que compensan sobradamente las pequeñas faltas arriba señaladas y pueden resumirse del modo siguiente: que América Latina, como Calibán (suponiendo su relación con lo “caníbal”), ejerce el derecho a la antropofagia, es decir, no sólo a incorporarse al mundo en plenitud de derechos, sin a incorporarse el mundo de acuerdo a las características propias. Una verdadera invitación gastronómica para un comensal inesperado.